

Andrés Sabella

Poesía privada



ENTRE las garras y el cielo, sufriendo y buscando, hacemos nuestra poesía, acariciándola con la mano que trabaja el pan y acerca el arco iris a nuestra mesa.

Podríamos decir que esta mano, quemada por el amor y las desventuras, es nuestra más cierta y profunda estatua. Esta mano combate, esta mano llama a invisibles camaradas, esta mano saluda al trigo y al cemento, y en medio de las pequeñas esclavitudes cotidianas levanta, a veces, su derecho a tallar la imagen que vino hasta sus arenas misteriosas a pedirle amparo y substancia: entonces, la poesía abandona su fusil y, sencillamente, brota el poema que no contiene sino nuestros huesos y nuestra cara, poema que guarda las historias del ojo que nos quiso y del ensueño que nos llevó a besar los últimos secretos de la Mujer o del Azar...

Seguros de que la Poesía no puede convertirse en juego de espejos, escribimos libros que ansiaron dar al Hombre un aliado, modesto aliado, para su día de Justicia. Pero, hombres también, comprendimos que poseíamos, aunque en pequeño, nuestra ley de canción y destino y, así, equilibrando Libertad y Mundo, Todos y nosotros mismos, vamos forjando nuestra Poesía Privada.

¡Que nos la perdonen los dolores del soldado que muere, lejos, por el sol común; que nos la perdonen las cenizas coloradas de Maiakovski!

I

CANCION PARA UNA MUJER QUE ESTUVO
CONMIGO EN EL INFIERNO

Oh, joven pantera
que el Amor guareces
en tu cabellera!

De la entraña creces
de la Adormidera
—roja siete veces.

En tu sexo ofreces
la luz verdadera
de todas las mieses.

Tu fina cadera
en la mar parece
la más hechicera
luna de los peces.

II

LA CASA

Era la casa un ópalo en el confín del otoño. La llamaban los vagabundos La Casa Desgarrada.

Cuando tú llegaste, abandoné mis armas; vi cómo palpitan los árboles a tu paso.

El oro que los caminantes traen en la mirada me fué dado sin violencias. Las cosas cayeron de rodillas. El agua tuvo la forma de tus palabras.

III

HOMENAJE TRANSLUCIDO

1

La Distancia
está en el resplandor
de sus pestañas.
¡Qué ceniza
cae
del corazón!

Digo al aire:
—¡Lávale el sino!

2

Los pájaros
tienen
el estremecimiento
de su ternura.

Casi es Ella misma
la palabra *Nostalgia*.

IV

PRIMER NOCTURNO

Sobre la maldición de una playa que el eco de la muerte
cubre de sombrías materias desconocidas, encontré a la mujer
en quien el Mar había confiado, y a la que las Nubes traían el

destello polar de su mirada. Dormía, como una palabra del día; entre la arena ardiente y el cielo atroz de los envenenados por el infinito. Su cabellera era un casco de oro que cegaba, y por el dédalo de sus entrañas debía vagar el sabor de la locura.

Toqué apenas sus pechos, los husos de la distancia. La mujer, puesta en pie, pareció ignorarme y, andando como en un espejo que echara llamas, se acercó al Mar: las olas cambiaron de color; lentamente, fué roja el agua, y roja la lejanía en que mueren las visiones y se recobran los adioses.

La mujer tembló cual si la mordieran ocultas fauces. Extendió sus brazos que empezaron a crecer, hasta fingir dos terribles boas en la vastedad marina. Entonces, el Mar habló. Los caracoles decían un idioma que tenía de cítara y lamento. Y las arenas movieron sus ejércitos fascinantes, tal si quisieran envolver a la que hacía la música en su torno.

Comprendí que esta mujer pertenecía a una tribu que debió perderse en medio de la tempestad, y que restaba sólo para recordarnos que sus muertos eran los hacedores del sonido que precede a la desgracia. De rodillas, comencé a llorar. La mujer ya no estaba. En mi derredor, las almas de las sirenas, entrelazadas y vergonzantes, obscurecían las horas que salían pálidas de mi frente.

V

EL HOMBRE DEL OJO INMOVIL

El ojo era toda su cara.

Ese ojo...

Luna hinchada, fruta de lóbrego destino.

¡El ojo...!

Allí estaba como un glóbulo de mármol
donde la muerte era blasfemia derramada.

Yo recuerdo su volumen de semilla muerta,
muerta y atada por la sangre.

¡El ojo...!

Gota de invierno para colmar el aire.

Miraba como la casa en que lloran las ramerás.

Miraba

y, entonces, plomo llovía en el ala próxima,
plomo, y ¡qué plomo!

El agua volvía a su edad de piedra solitaria,
y eran cielo y rosa las sílabas primeras del diamante.

¡El ojo...!

¿Era un Polo de la Sal

el huevo de las fechas negras...?

Cuando la Muerte entró en su dueño,
quedóse en el espacio,

y fué el planeta de los que tendrían de hueso y cuarzo
la sed y la palabra.

VI

OTRA CANCION

El coro es de grillos

Venga el Otoño
con los Fantoques;
tenga el retoño
cal de las noches

Cinco praderas
den a mi estilo
la luz primera
de sus pistilos.

Ande mi casa,
hablen sus plintos,
y el Sol bendiga
sus laberintos.